

El Presidente

En Europa



POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



El Presidente ha iniciado un largo viaje a Europa. Antes que él, estuvieron también en países de ese continente López Mateos, Echeverría y López Portillo. Realizadas esas giras en circunstancias muy diversas, y protagonizadas por personajes diferentes entre sí no es posible, y acaso ni siquiera útil, intentar una comparación entre ellas. Lo cierto es que esos viajes, como otros que a otras regiones del mundo emprendieron otros Jefes de Estado mexicanos, y los que ha realizado previos a éste el actual Ejecutivo, responden a una necesidad política insoslayable.

Sólo con una visión miope, y superficial, es posible condenar por sí mismos los contactos que un Presidente de la República

debe desarrollar en el exterior. Aun cuando nadie ignore los derroches que se permiten los miembros de las vastas comitivas presidenciales —a veces con su dinero propio, a veces con el oficial— esa no será nunca razón suficiente para proclamar la inutilidad y el carácter pernicioso de las giras presidenciales al exterior. Seguramente es necesario darles un aire de verdadera austeridad. El actual Presidente lo ha intentado pero no lo consiguió todavía. Sus comitivas no son excepcionalmente reducidas. Aunque se avisa que los integrantes oficiales de cada una de ellas son sólo un puñado de funcionarios, lo cierto es que además del séquito oficial se forman otros, no oficiales pero sí reales, que incluyen a otros muchos servidores públicos y aun familiares del Presidente. Ese es el formato de los viajes que debe ser modificado. Pero no la idea misma de participar, mediante la diplomacia personal, en las arduas cuestiones de la política internacional.

Eso es particularmente cierto en la presente coyuntura, en que la interdependencia de los países se acrecienta, y en que la precaria situación financiera mexicana nos hace especialmente sensibles a lo que ocurre en los mercados extranjeros de dinero y de los productos que vendemos y compramos. Es también particularmente cierto en tratándose de un país como el nuestro, cuya posición geopolítica lo coloca en medio del mundo de la opulencia y el de la miseria, y entre la principal potencia del mundo y varias de sus víctimas principales.

Aislarse, pues, no sólo sería indeseable para México sino que sería imposible. Y sin embargo, un amplio sector de la opinión pública impugna las salidas presidenciales, especialmente en esta crisis. Pareciera que prevalece el criterio económico, acaso porque a ello nos ha acostumbrado el propio gobierno, para medir la importancia y la necesidad de los viajes propios de la política exterior. Se llega hasta el extremo, un poco ridículo, de acusar al Secretario de Relaciones Exteriores porque no hace pie en México, como si no fuese parte esencial de su tarea el encuentro con otros cancilleros y Jefes de Estado y de gobierno donde quiera que sea posible hallarlos.

La extendida incompreensión del valor de la diplomacia personalmente ejercida por el Presidente de la República es parte de la incompreensión más general acerca de la política exterior del propio gobierno. Muchos factores

contribuyen a ese resultado. La complejidad de los asuntos internacionales es uno de ellos. Participan en el complicado escenario internacional tantos protagonistas, tantas circunstancias, que no es fácil y por ello no es apetecible que amplios sectores de la sociedad entren en el conocimiento de las coyunturas internacionales de nuestros tiempos. A ello se agrega el papel trivializador, vaciador de sentido, que ejercen los medios de información dedicados principalmente al comercio, como la televisión. Las noticias sobre el entorno internacional son presentadas sin el contexto que permita calibrarlas, aquilatarlas. Puesto que son proveídas generalmente por agencias norteamericanas, suelen ofrecer el punto de vista que conviene al interés de Washington, y no a un esfuerzo honesto por presentar los hechos tal como acontecen. Respecto de Nicaragua por ejemplo, las deformaciones informativas generadas en Televisa han provocado daños graves, algunos quizá irreversibles, en la visión que tienen sobre ese tema miles de consumidores mexicanos de información televisada.

También cuenta entre los factores de incompreensión de la política exterior una cierta timidez del sector correspondiente en el gobierno por hacerse de una plataforma de apoyo popular. Tal vez determina esa actitud el temor generalizado en el gobierno a la participación popular, a la movilización de la gente común. Un par de ejemplos ilustra esta posición gubernamental. La semana pasada, un nutrido grupo de artistas plásticos, intelectuales, profesores y público en general, hizo público un documento de apoyo a la política exterior del gobierno. Era una postura insólita la suya, sumamente reconfortante por lo que hace a la capacidad de reacción de la sociedad civil. Tras de mucho pugnar por obtener una audiencia con el Secretario de Relaciones Exteriores, fueron al fin recibidos por el subsecretario Ricardo Valero. ¡Hasta para ofrecer un apoyo espontáneo debieron hacer antesala! Meses antes, por otro lado, se había constituido, también de manera espontánea, un grupo de acción propagandística denominado *Conciencia mexicana por Centroamérica*. Lo integraron parlamentarios de diversos partidos y otros militantes de diferentes credos políticos. El grupo ha dejado de actuar, lo cual debe ser atribuido a sus animadores, pero también a la falta de estímulos provenientes de la zona gubernamental donde debiera existir interés por el respaldo a la política exterior.

Por eso ha sido muy sano el que el Secretario de Relaciones Exteriores, una semana antes de que el Presidente de la República emprendiera su gira europea, se reuniera con los dirigentes del Congreso del Trabajo para explicar los alcances de la política exterior, no sólo a la luz del viaje mismo, sino en su contexto más amplio.

Puede discutirse, lo que no es el caso ahora, la representatividad política real de los líderes agrupados en el Congreso. Muchos de ellos actúan en notorio alejamiento de sus bases y no pueden por eso convertirse en correas de transmisión de los puntos de vista gubernamentales hacia abajo, hacia los integrantes de las agrupaciones que encabezan.

Pero otros muchos sí están en situación de comunicar a sus centrales, a sus sindicatos, la posición de la cancillería, para que los trabajadores dispongan de una información no mediatizada por los intereses de informadores que tienen sus cuentas bancarias del otro lado de la frontera, donde está también su corazón. Ese es un paso positivo, si bien no es el único posible, hacia la consecución de un mayor apoyo popular a la muy digna y necesaria política exterior mexicana. No es que ahora le falte sustento social, como se empeñan en decir sus impugnadores. Pero es preciso ampliarlo y hacerlo inequívoco.

12/VI/85